

De la semilla ha brotado lentamente el árbol, primer asegurando las raíces fuertes para luego emerger de la tierra, robusto, decidido y con un misión: dar fruto.

Acompañado por el sol que lo nutre, el viento que lo fortalece y la lluvia que lo hidrata traspasa todas las etapas, cumpliendo con gran ahínco su labor.

Crear la manzana.

Ella, que consiguió besos de amor verdadero para recuperar reinos, con pequeños golpes en la cabeza sembró la pregunta del porqué de su caída, plantando el inicio de descubrimientos vitales, que nos cuenta lo importante de mantenerse fuerte y sano para no pudrir a quienes nos rodean. Ayudó a agruparse en los alpes a sus vecinos, formando cooperativas, es logo corporativo del avance y la tecnología . Mi frita preferida en las tartas que endulza mis recuerdos hacia la infancia.

Y entonces llega Marlene para ponerle nombre propio, para contar una historia de la comunión con la naturaleza dejando entrever la importancia de mantenerla para seguir creando vida. Que nos habla de como una región, paso a paso, puede levantarse y crecer independientemente de donde venga.

Me quedo con eso, con lo sencillo del primer paso para avanzar, con plantar algo pequeño, cuidarlo, protegerlo, observarlo con paciencia mientras sale el brote o la flor.

Reconocer su valía para en generosidad compartida tener un objetivo común.

Porque sin el foco de ir todos hacia el mismo lado la hija de los Alpes no cumpliría 30 años.

Su padre es el monte donde empezó todo, su madre la luz del sol que la ilumina, su maestro el tiempo (y el de todos). No es una manzana cualquier porque gracias a ella recordamos por donde hay que empezar, por soñar.